

MIRAR MÁS ALLÁ LAS MUJERES EN LA MAÑANA DE PASCUA²

El acompañamiento espiritual puede asumir múltiples formas en relación con la diversidad de las circunstancias concretas en las que viven las comunidades eclesiales y los creyentes singulares. El testimonio particular que ofrecen los episodios evangélicos de las mujeres que se acercan al sepulcro en la mañana de Pascua, suscita al respecto verdadero interés: no se trata de una tarea de guía o de una función carismática ejercida por personalidades de gran relieve, sino de una presencia significativa que acompaña al mismo grupo de los discípulos de Jesús, a los Doce, en la transición desde el aturdimiento delante de Su muerte hasta el encuentro con el Señor Resucitado. Sin embargo, antes de subrayar esta particular dimensión, es necesario volver a leer con atención las páginas evangélicas que narran los acontecimientos de la muerte y de la resurrección de Cristo.

En la hora de la elevación de Jesús en la Cruz

Las figuras femeninas que las narraciones evangélicas nombran al pie de la Cruz de Jesús, son las de algunas discípulas que han seguido al Maestro desde Galilea, ofreciéndole un humilde servicio (*diakonéo*: Mt 27,55; Mc 15,41; cf. Lc 8,3) dictado por su fe y por su veneración. La fidelidad y el amor con que se han adherido a Cristo durante su actividad apostólica, las han impulsado a salir con Él hasta Jerusalén, y en el momento supremo de Su vida, lo acompañan hasta el Calvario, testigos silenciosos y acongojados del drama que se cumple ante sus ojos.

¹ Monja del monasterio trapense de Vitorchiano, Italia.

² Traducción del italiano realizada por la Hna. María Graciela Sufé, osb, de la Abadía *Gaudium Mariae*, San Antonio de Arredondo, Córdoba, Argentina.



Mientras todos los discípulos, comprendidos los Doce, huyen ante su arresto en el Huerto de los Olivos³, sólo ellas permanecen cerca de Jesús, y están presentes en el acontecimiento de la crucifixión: son la Madre de Jesús, junto a María de Magdala, María la madre de Santiago y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo, dice *Mt* 27,56; otros nombres son agregados por *Mc* 15,40-42 y *Jn* 19,25. Las narraciones evangélicas, esencialmente, concuerdan en tres elementos de fondo: su presencia *apo makròthen*, “desde lejos”, (*Mt* 27,55; *Mc* 15,40; *Lc* 23,40); su seguimiento (expresado con el verbo *akolouthéo*, término técnico del discipulado evangélico) y su contemplación silenciosa de lo que acaece (*theoréo*, *Mt* 27,55; *Mc* 15,40⁴). Vale la pena detenerse brevemente en estos tres términos.

El verbo *theoréo*, en sus utilizaciones más antiguas en el griego clásico, significaba *ser espectador* de las solemnidades religiosas (una connotación más probable que la sostenida a veces: *estar atento al espectáculo, estar mirando, ir a ver algo*). Pero la acepción más genérica, que se impuso muy pronto –el sentido de *ver, percibir, descubrir, conocer*– ha homologado en gran medida este término a los otros verbos pertenecientes al mismo campo semántico. Particularmente importante ha llegado a ser posteriormente el sentido traslaticio: *considerar, contemplar*, en sentido mental, espiritual: en ese sentido, todos los términos que derivan de *theoréo* (*theoría, theoremata, theoretikòs*) han llegado a ser términos técnicos para indicar el conocimiento intelectual.

Es probable que en *Mt* 27,55; *Mc* 15,40; *Lc* 23,35.48 (cf. 14,29) *theoréo* conserve algo de la acepción originaria (*ser espectador, participar en el acontecimiento*), pero limitarse a esta acepción aparece como reductor de su significado, sobre todo por la constancia con que se repite el mismo verbo, por lo que no puede tener sólo un valor descriptivo. No se trata de una curiosidad superficial o de un interés, por así llamarlo, fuera de lugar:

³ Cf. *Mt* 26,56; *Mc* 14,50.52.

⁴ Para una exégesis de *Mt* 27,55-56, *Mc* 15,40-41; *Lc* 23,49; *Jn* 19,24b-27, remitirse a los comentarios, por ejemplo, entre los más recientes, traducidos en lengua italiana: R. SCHNACKENBURG, *Il vangelo di Giovanni*, III, Brescia 1981, pp. 446-456; R. PESCH, *Il vangelo di Marco*, II, Brescia 1982, pp. 736-743; J. GNILKA, *Vangelo di Matteo*, II, Brescia 1991, p. 698; G. ROSSE, *Vangelo di Luca. Commento esegetico e teologico*, Roma 1992, pp. 990-991; R. MEYNET, *Vangelo secondo Luca. Analisi retorica*, Roma 1994, pp. 653-668. Para una profundización del estudio de los términos que son utilizados, cf. G. KITTEL, *akolouthéo*, *Grande Lessico del Nuovo Testamento I*, Brescia 1965, pp. 567-582; W. MICHAELIS, “Aorò, theoréo, ecc.”, *ivi*, VIII, Brescia 1972, pp. 892-895; H. PREISKER, “makran, makròthen” *ivi*, VI, pp. 1003-1010.

la mirada de las discípulas sobre el misterio de Jesús está connotada por su fe y su amor, que se hacen discipulado y seguimiento.

El verbo *akolouthéo*, en efecto, en su significado pleno, es utilizado en el NT, sólo para indicar el seguimiento de Jesús, como una adhesión a su persona que denota un nuevo tipo de vida: la relación de discípulo a maestro. De aquí que *akolouthéo*, en sentido más amplio, indicará después también participar en la salvación ofrecida por Jesús, tomar parte en su destino. El seguimiento de Jesús en su vida pública, que había conducido a las discípulas hasta Jerusalén, no disminuye en la hora de su muerte: las abre a una contemplación en profundidad del misterio de Su Pascua.

Un último detalle: *apo makròthen*, “desde lejos”, en *Mt 27,55*, *Mc 15,40*, *Lc 23,49*, indica, desde luego, una colocación local, mas no deja de transparentar también una cierta connotación traslaticia **en el uso** del término: una distancia de las motivaciones que han causado la muerte de Jesús, y un tinte de silencio, de piadoso temor y también adoración frente al misterio de la crucifixión del Maestro.

En la sepultura de Jesús

Los nombres de María de Magdala y de la otra María (*Mt 27,61*; María de Joset, en *Mc 15,47*) aparecen de nuevo, en la conclusión de la narración de la sepultura; Lucas habla genéricamente, de nuevo, de las discípulas, y las caracteriza una vez más con el término técnico del seguimiento de Jesús (*kalakoioittíeó*) precisando que estaban junto con Él desde Galilea (*Lc 23,55*). Su mención sigue, significativamente, a la alusión a la gran piedra puesta como sello del sepulcro nuevo: este detalle de la narración (*Mt 27,60*; *Mc 15,46b*), que a primera vista no parece revestir más que la importancia de un elemento anecdótico –casi una pincelada de color para señalar lo definitivo de la sepultura y por tanto de la muerte de Cristo–, asume en realidad un verdadero papel en el enlace de los episodios: la realidad de la muerte física de Jesús y el poder sobrenatural que se revela en su resurrección de entre los muertos. Estas figuras femeninas, dice Mateo, continúan prestando a Jesús el tributo de su veneración, permaneciendo sentadas en silencio frente a la tumba (*Mt 27,61*); Marcos y Lucas subrayan de nuevo que ellas contemplan (*theoréo*, *Mc 15,47*; *theòomai* en *Lc 23,55*) el lugar donde ha sido depositado el cuer-

⁵ Según MICHAELIS, “bordo, *theoreo*, ecc.”, pp. 891-892. 969, *theòomai* indica el mirar maravillado, atento (cuidar, contemplar) y está connotado por una particular elevación y

po de Cristo. No se trata de una acentuación de la atención al detalle y a lo concreto de la realidad, totalmente femenina, y tampoco de un artificio literario sino que, una vez más, prepara la narración sucesiva: la elección de los términos y el subrayado de las actitudes deben ser considerados atentamente en la gran sobriedad de los relatos evangélicos. Las mujeres –sentadas, en actitud meditativa, pero también de dominio de sí mismas y de lo que ocurre, según el significado bíblico y antropológico de la imagen–, escrutan no sólo el lugar donde desean volver para la unción de la sepultura (*Lc 23,56; Mc 16,1*), sino ante todo el misterio del descenso de Cristo al reino de la muerte. Despierta verdadero interés la utilización repetida de nuevo del verbo *theoréo*, que indica de nuevo la contemplación interior, una mirada del alma⁶.

Su cariño por el Maestro –y esto debe ser puesto cuidadosamente de relieve– no las abre todavía a la fe sobre lo que está más allá de esta muerte: las discípulas no se anticipan, con su memoria de las palabras de Cristo, a lo que tendrá lugar en la mañana de Pascua; su participación en los acontecimientos las impulsa solamente a celebrar, con gestos de piedad altamente expresivos, lo definitivo de su desaparición. Su deseo es en este momento honrar el cuerpo humano de Jesús con aromas y ungüentos que no poseen (*Mc 16,1; Lc 23,56*) pero que se procuran cuando es posible, observando las prescripciones de la Ley. Nótese, también: según el mandamiento, respetan el sábado, hasta en el amor por Aquel que se había declarado Señor del Sábado (*Mt 12,8; Mc 2,28; Lc 6,5*).

En la mañana de Pascua

Al surgir el alba del Octavo Día, al comienzo del tiempo y del mundo nuevo, están otra vez las mismas figuras femeninas que se dirigen al sepulcro: María de Magdala y la otra María, escribe Mateo, se apresuran para ir de nuevo a contemplar (*theoréo*, *Mt 28,1*) el lugar donde había sido depositado el cuerpo de Cristo; María de Magdala, María de Santiago y Salomé, precisa Marcos, después de haber adquirido lo necesario para la unción (*Mc 16,1*); Lucas agrega también el nombre de Juana e indica también *las demás que estaban con ellas*: y ellas, antes que nadie, contemplan ató-

solemnidad; esto se utiliza con preferencia en los escritos herméticos, donde se trata de la percepción espiritual de realidades superiores. En la descripción más rica de detalles de *Lc 23,55*, el término subrayado sería, siempre a juicio de Michaelis, atención y afecto.

⁶ Cf. PESCU, *Marco*, pp. 753-754; GNILKA, *Matteo*, p. 705; ROSSE, *Luca*, pp. 997-998.

nitias (*theoréo*) los signos del acontecimiento de Pascua, ante todo la gran piedra milagrosamente retirada del sepulcro (*Mc* 16,4; cf. *Lc* 24,2, *blépo*) y se convierten así en las testigos de la teofanía, que Mateo expresa con la imagen del descenso del ángel y la descripción apocalíptica del terremoto (*Mt* 28,2-7) y todos los evangelistas confirman con la aparición de los ángeles (*Mc* 16,5-7; *Lc* 24,4-8). De su voz celeste, reciben ellas el mandato de la misión cristiana: anunciar a los Doce la buena nueva de la Resurrección (*Mt* 28,7-8; *Mc* 16,6-7; *Lc* 24,9-11; *Jn* 20,17b) para reconducir a los discípulos a la memoria de las palabras del Maestro (*Lc* 24,6-8)⁷.

No es posible detenerse ahora en cada detalle de estos textos muy densos de referencias y temáticas bíblicas, en los que se entrelazan profundas articulaciones teológicas: baste con subrayar la desproporción entre la intención de un gesto de piedad (que, concluyendo el rito de la sepultura, sanciona lo definitivo de la muerte) y el testimonio de la resurrección, irrupción del *eschaton* y del mundo definitivo, subrayada literariamente por las imágenes apocalípticas del terremoto y de las apariciones de los ángeles. El amor fiel que ha conducido a las mujeres piadosas al sepulcro, se convierte para ellas, en la mañana de Pascua, en acogida de una misión de lo Alto: la desproporción, lo repetimos, entre un gesto ritual dictado por la compasión y el misterio de Cristo Resucitado hace resaltar la irrupción de lo divino, de la trascendencia, en el tiempo y en la historia de los hombres.

Algunas constantes

La presencia de las mujeres en el sepulcro en la narración evangélica de la muerte, sepultura y resurrección de Jesús, tan fuertemente subrayada, señala implícitamente una continuidad a través del gran *hiatus* de la muerte del Maestro: la fidelidad de su cariño llega a ser el instrumento providencial que evidencia la conexión entre la muerte y la resurrección de Jesús, en el momento de la dispersión de todos los discípulos. El uso constante del verbo *theoréo* no puede no ser intencional, no sólo para señalar la verdad de un testimonio, sino para introducir un espacio para profundizar en el misterio que se está cumpliendo.

La conjunción entre el mundo antiguo y el mundo nuevo (el acontecimiento de Jesús antes de la Pascua y el misterio de la nueva crea-

⁷ Cf. SCHNACKENBURG, *Giovanni*, pp. 491-528; PESCH, *Marco*, pp. 757-791; GNILKA, *Matteo*, pp. 713-721; ROSSE, *Luca*, pp. 999-1013; MEYNET, *Luca*, pp. 669-699.

ción, cuyo comienzo marca la mañana de Pascua), es confiada así a algunas mujeres, fieles a su Maestro. Para comprender cuán significativa resulta esta elección es preciso recordar que según la tradición judaica, el testimonio de las mujeres (como el de los niños menores de 12 años) no tiene valor; pero Jesús, que en su Evangelio ha venido a instaurar un nuevo orden de valores, confía justamente a ellas el anuncio de Su Resurrección de entre los muertos.

El vínculo, por tanto, entre el destino de muerte que grava sobre los hombres antes de la resurrección de Cristo y la esperanza inaudita que Él instaura, se apoya sobre la contemplación orante de las discípulas de Jesús. En la comunidad apostólica, ellas constituyen el anillo de conjunción, por llamarlo así, entre el mundo antiguo (prepascual) y el mundo del *eschaton*, la creación nueva inaugurada por la Pascua. Por su *contemplación* de la tumba y del misterio insondable de la muerte del Maestro, son simbólicamente la consciencia vigilante, los ojos de la comunidad siempre amorosamente dirigidos hacia el acontecimiento de Cristo. Cuando ellas no ven todavía los primeros resplandores de la luz nueva, permanecen fieles al Señor Jesús, también en su muerte y reciben el anuncio que abre el umbral del último límite de la existencia humana hacia el Más Allá de la Trascendencia de Dios. Como vigías o centinelas, acompañan con su amor contemplativo a la comunidad apostólica, en el mirar más allá de la turbación del Viernes Santo y así llegan a ser precursoras de los tiempos últimos y definitivos. Su personal fidelidad, su amor por Cristo, les confieren una tarea que anticipa la misión de la comunidad apostólica, en cuanto reciben y transmiten por primera vez el encuentro con el *Kyrios* y el anuncio de su Resurrección.

Acompañando a la Iglesia a mirar más allá...

El acompañamiento espiritual que las mujeres piadosas ejemplifican, se identifica de ese modo con su misma vida de fe y de amor por Cristo. No se trata de una función autorizada o de una tarea carismática o de una particular clarividencia espiritual, sino de la ejemplaridad que inconscientemente revisten frente a la primera comunidad, algunas discípulas, por su amante solicitud frente a Cristo. Son ellas mismas la conciencia, por denominarla así, vigilante de la comunidad apostólica, por medio de su mirada incapaz de distanciarse del Señor Jesús. Los Evangelios no dicen que habían creído (o recordado) más que los otros discípulos, sino que subrayan simplemente el amor que continúan alimentando por el Maestro, hasta en su muerte. Permanecen cerca de Él, en una contempla-

ción que busca escrutar la profundidad misteriosa de lo que acaece.

Esta página evangélica constituye una ulterior ejemplificación, si podemos llamarla así, de la elección de los humildes y de los pequeños (cf. *I Co* 1,26-29) como testimonios privilegiados de la manifestación divina: el misterio insondable de Dios se revela en su trascendente grandeza a través de lo inadecuado de los instrumentos elegidos para hacerla presente en el mundo. Y mientras cumplen fielmente su obediencia, las discípulas fieles son las primeras en encontrar a Cristo Resucitado, que se apresura en ir a su encuentro en la gloria de Su Cuerpo transfigurado (*Mt* 28,9-10; *Mc* 19,9-11; *Lc* 24,10-11)⁸. La misma tradición es transmitida por *Jn* 20,14-18, en la aparición de Jesús a María de Magdala. Esta particular asociación al misterio de Cristo encuentra expresión también en otro tema: la incredulidad; en efecto, ante su anuncio, no se les cree (*Mc* 16,11; *Lc* 24,11), así como su Maestro no había recibido el asentimiento de la fe. Se puede decir de ese modo que las mujeres en el sepulcro representan la conciencia vigilante de la comunidad apostólica, la mirada que anticipa el encuentro con el Señor e inaugura el nuevo *eon*. Ellas acompañan a la Iglesia a mirar más allá del escándalo de la muerte de Jesús, del *hiatus* del Viernes-Sábado Santo, para vislumbrar el primer resplandor de la luz nueva, que surge en la mañana de Pascua.

Monasterio de la Trapa
01030 Vitorchiano (Vt)
ITALIA

⁸ Cf. SCHNACKENBURG, *Giovanni*, pp. 516-528; PESCH, *Marco*, pp. 802-803; GNILKA, *Matteo*, pp. 721-724; ROSSE, *Luca*, pp. 1012-1013.